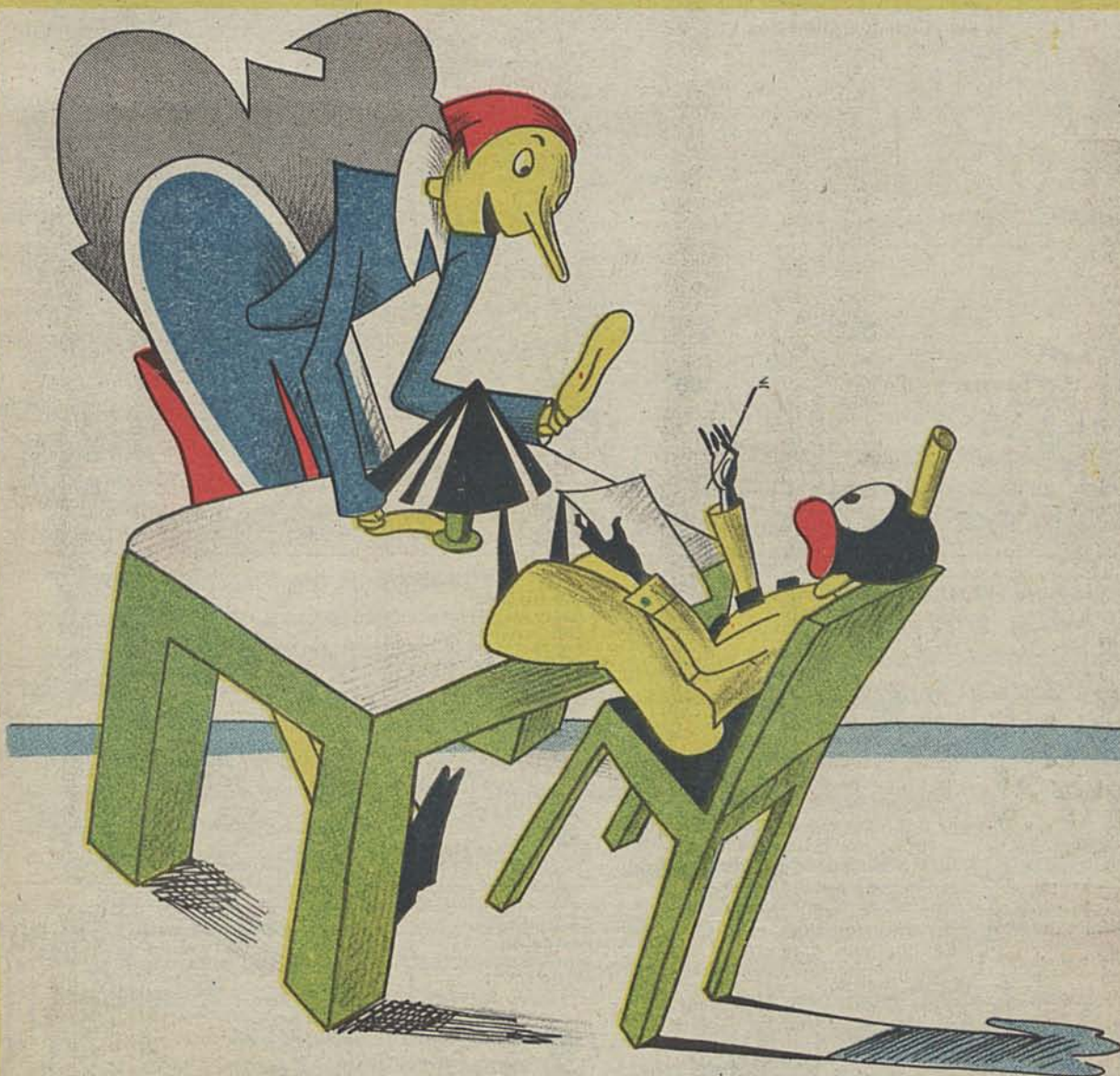


PINOCHO

AÑO VI
NUM. 305

25 cts

21 DICIEMBRE
1930



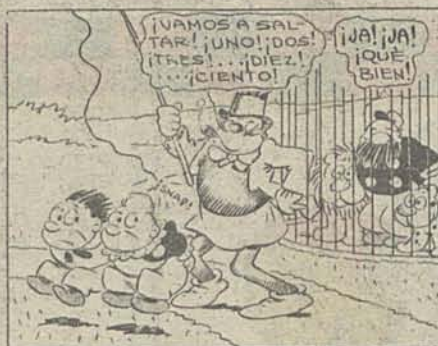
- ¿NO SABES QUE NO DEBEN PONERSE LOS PIES SOBRE LA MESA?
- ¡ES QUE USO PARA BORRAR, LOS TACONES, QUE SON DE GOMA!

Piñochito

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28. APARTADO. 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



EN LA FRONTERA DEL FAR-WEST

Por
E. Salgar L.



(Continuación)

formaban un arroyo cada vez más crecido.

—Esta es la parte más

peligrosa de la mina—dijo John, que seguía siempre a buen paso—. Fué la primera que los ingenieros tuvieron que abandonar a causa de las filtraciones y de la abundancia del grisú. ¡Cuidado con encender las pipas! ¡Estad alerta!

—¡Pues no vendría mal una fumadita entre tanta humedad!—dijo Jorge.

—Más tarde podrás hacerlo. Estamos ya casi al final del camino. El «Mar Muerto» no debe de estar lejos.

A la luz de la lámpara leyeron entonces todos en una viga atravesada en la galería este aviso alarmante, en grandes letras:

Prohibido el paso: grisú.

El camino parecía como ensanchado por algún terrible estallido. Las paredes, destruidas en muchas partes, presentaban también señales de alguna catástrofe.

Indudablemente, cuando la mina estaba en plena explotación debió de ocurrir allí una explosión tremenda de grisú, que de seguro produciría innumerables víctimas.

—Señor—dijo *Nube Roja*, agarrando a John por el brazo—, ¿nos lleváis a la muerte?

—¿Por qué dices eso?

—¡La muchacha tiene miedo!

El *indian-agent* se encogió de hombros.

—¡Que se hubiera quedado entre sus compatriotas!—dijo luego—, ¡De seguro no la habrían arrancado la cabellera!

—¿Es ahora vuestra prisionera?

—No; y si no quiere seguirnos, ni tú, vuelveos: os lo permito. Salen ustedes del pozo y abrazan a los *chayennes*. Después de todo, esta chica es ágil como un mono.

—Eso sería asesinarla. Si vos no queréis encargarnos de esta niña, yo velaré por ella.

—¡Haced lo que queráis, que nosotros estamos ya cansados de esa mona! Y vosotros, amigos—añadió, dirigiéndose a los dos hermanos—, ¿no oís mugir ante nosotros una gran masa de agua?

—Sí—respondió Harris.

—¡Alto, camaradas! ¡Eso es el «Mar Muerto»!

CAPÍTULO XII

En el «Mar Muerto»

Habían llegado, descendiendo siempre por pendientes que parecían precipicios, ante un vastísimo lago cuyo final se perdía en las oscuras profundidades.

Se hubiera dicho que aquella inmensa cavidad llena de agua existía desde muchos siglos antes que la mina, y que la casualidad hizo que una de las galerías viniese a desembocar en ella.

Aunque en la América del Norte no existían volcanes como en la Central y la Meridional, su subsuelo está sujeto a las conflagraciones que se producen por los desniveles considerables.

San Francisco, fundado sobre terreno volcánico, lo ha demostrado últimamente, cuando menos se esperaba.

—¿Es éste tu famoso «Mar Muerto»?—preguntó Harris, que trataba en vano de distinguir la orilla opuesta.

—Sí—respondió John.

—¿Ancho?

—No más de doscientos metros, cuando yo trabajaba en la mina.

—¿Y ahora?

—No lo sé. La luz de mi lámpara no se extiende mucho.

—Tú has dicho que existe una galería al lado allá de este mar, que parece de tinta.

—No; una abertura natural que va a parar sobre un abismo.

—¿Y desde allí veremos el sol?

—Sí, Harris.

—¡Entonces, todo va bien!

—¡Eres muy fácil de contentar!—dijo John, que no parecía muy satisfecho.

—¿Por qué?—preguntó el cazador.

—¿No oyes ese ruido?

—Sí; no soy sordo.

—Son torrentes que se precipitan en el «Mar Muerto» y acabarán por desbordarlo.

En vez de responder, Harris se volvió hacia el *gambusino*, que miraba tranquilamente el agua.

—¿Sabéis nadar?

—Como un pez—contestó *Nube Roja*.

—¿Y nuestra protegida?

—¡No os cuidéis de ella!

—Como ves, John, no tenemos por qué inquietarnos. No se trata, después de todo, de atravesar el Lago Salado.

—¡Lo veremos!—respondió el gigante—. ¡Maldito huracán! ¿No podía retardarse veinticuatro horas? Procurad que no se mojen las armas, las municiones ni las mechas de *ocote*. ¿Quién se encarga de llevar una lámpara?

—¡Yo!—respondió Harris.

—Toma esa, que es la más llena. Ahora desnudaos, y procurad no perder la ropa.

—La meteremos en nuestro saco de viaje—dijo Jorge.

Habíanse despojado ya de las casacas, cuando se oyó un fragor espantoso que nadie supo decir de dónde provenía.

—¿Qué es eso?—preguntó Harris, acercándose a la orilla.

John permaneció silencioso, con la mirada

fija en el «Mar Muerto», sobre el cual proyectaba la luz de su lámpara de seguridad.

Aunque la temperatura en la caverna era bastante fresca, gruesas gotas de sudor cubrieron la frente del *indian-agent*.

El fragor aumentaba en intensidad, y el agua del lago subía de nivel, ondulando impetuosamente.

—¿Qué sucede, John?—preguntó Jorge y Harris con voz alterada, en tanto que *Nube Roja* cargaba a Minnehaha sobre la espalda.

—¿Es que la fortuna va a volvernos la espalda?—murmuró el *indian-agent*.

—¡Habla, John!—gritó Harris.

—Temo que las aguas del «Mar Muerto» inunden la mina. Este diluvio que está cayendo fuera puede causar nuestra muerte.

—¿Y ese ruido que no cesa?

—Son las aguas que se precipitan por la mina, y que acabarán por encontrarse con las del «Mar Muerto».

—Entonces, ¿vamos a morir aquí ahogados?

—¡No lo sé!—contestó John, cruzándose de brazos.

—¿Enciendo una mecha para ver algo más?—preguntó Jorge.

—¡Guárdate de ello! ¡El grisú ronda por aquí!

—¿Qué hacemos entonces?—preguntó el *gambusino*, que empezaba a impacientarse—. ¿Atravesamos este lago o no lo atravesamos?

—Si tenéis prisa, hacedlo—respondió John—. Pero no os aseguro que en la otra orilla haya desaparecido el peligro que aquí os amenaza. Es verdad que el paso que debe guiarnos fuera de la mina está en aquel lado.

—Pues, entonces, tratemos de encontrarlo—dijo Harris.

—¿Y luego?

—Luego saldremos.

—¿Y el torrente que baja por ese camino? Yo, que lo he recorrido varias veces, sé que tiene una violenta pendiente hacia acá.

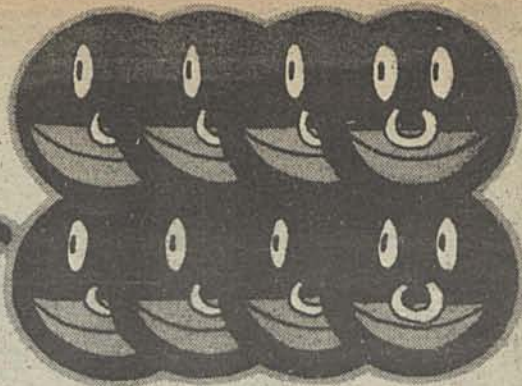
—¡Intentemos algo, John! ¡Todo, menos es-
tarnos aquí quietos esperando que las aguas nos ahoguen!

(Continuad en el próximo número.)

ANITA BUEN- CORAZON



El rey de los antropófagos



¿Oistéis alguna vez hablar del Océano Pacífico?

Es un mar inmenso, el de más extensión entre todos los que existen en nuestro planeta y que baña al mismo tiempo las costas de tres continentes: el asiático, el americano y el australiano, rico en miríadas de islas de todas dimensiones: esó es el Océano Pacífico.

Le bautizaron con el nombre de pacífico porque Magallanes, navegante portugués al servicio de España, cuando lo recorrió por primera vez no sufrió en él los efectos de ninguna borrasca.

¡Pero no vayáis a creer por eso que en verdad siempre esté tranquilo! Del mismo modo que los demás Océanos tiene sus tempestades y quizá más violentas que en otros lugares.

Como os he dicho, este desmesurado mar contiene en su seno un infinito número de islas formadas en su mayor parte por rocas formadas por corales y madréporas, ricas en toda especie de plantas.

Allí crecen hermosos cocoteros, árboles del pan que suministran una pulpa mejor que la de nuestros panecillos, con algo de sabor a alcachofa; el sagú, árbol que contiene en su tronco una substancia farinácea muy nutritiva y excelente para hacer sopa, bananeros de exquisito sabor que nacen por doquier sin cultivarlos y batatas de dimensiones desconocidas en nuestros climas pues algunas llegan a pesar cincuenta libras.

Casi puede decirse que en aquella tierra tan favorecida por la Naturaleza la vida resulta de balde. Basta internarse en uno de sus bosques para hallar pan, frutas y hasta vino en abundancia, pues este se obtiene también de ciertas palmas llamadas por eso viníferas.

Pues a pesar de tanta abundancia sus habitantes son de una ferocidad inaudita, y, horrible es decirlo, se vuelven locos por comer carne humana.

Todos los prisioneros que durante sus sangrientas guerras caen en sus manos son puestos sin más apelación en el asador y devorados en seguida, ni más ni menos que si fuesen cuartos de venado o simples conejos.

Si un barco tiene la desgracia de naufragar cerca de sus costas sus marineros son inexorablemente asesinados y devorados. En muy raras ocasiones perdonan a alguno la vida, y ese en algunos casos en vez de morir asado sobre brasas ha llegado a ser nombrado por ellos ¡nada menos que rey!

Ahora vais a saber de qué modo un marinero que yo conocí en una ciudad de California, de simple criado llegó a convertirse en el rey de una isla de antropófagos.

Es una aventura verdaderamente extraordinaria y tengo casi la seguridad que ninguno de vosotros hubiera deseado experimentarla aun cuando hubiera sido para convertirse en un monarca vestido con un manto de plumas de palomas silvestres y con una corona de plumas rojas de papagayo.

Este afortunado mortal, poco digno de envidia como pronto veréis y sabréis por qué, se llamaba John Toddy.

Siendo mozo, con apenas doce años, se embarcó en un buque americano que viajaba periódicamente entre Méjico y Australia.

Era feísimo, pequeño, algo jorobado, nariz de pico de loro, labios gruesos como los de los negros; con toda seguridad no parecería un Adonis ni aún entre los mismos antropófagos que en cuanto a fealdad nada tendrían que envidiarle.

Su aprendizaje de la vida había sido, amiguitos míos, bien duro. El «Enanillo» (este era el mote con que le habían bautizado), había experimentado desde bien temprano cuan difícil y duro era ganarse el pan.

El pobre fué siempre el hazmereir de todos. Marineros y oficiales hacían mofa de él por sus feos ojos, por su nariz, por su joroba, por su estatura y le propinaban coscorriones en abundancia si intentaba rebelarse. ¡Cuántas veces el desgraciado rompía a llorar y maldecía el instante en que se marchó de su país natal para correr aventuras por esos mares!

El destino sin embargo le daría la revancha pues a aquel feo mozo y ridículo enano le estaban reservados altos destinos.

Un día fatal, la nave en que viajaba, hallándose en medio del Océano Pacífico fué sorprendida por un terrible huracán y fué a estrellarse contra un grupo de escollos.



Viendo los marineros que no había medio posible para mantenerla a flote se embarcaron en los botes, apiñándose como sardinas, sin cuidarse para nada del pobre «Enanillo».

El desgraciado lloraba y suplicaba que le llevasen consigo, pero todo fué en vano.

Aquellos seres inhumanos, por el contrario, se burlaron de él diciéndole que con toda seguridad llegaría sano y salvo, si sabía guiar bien la nave, a los puertos de Australia.

—¡Allí te esperaremos!

Ese fué el último grito de despedida que le dieron y en seguida las lanchas se alejaron sin volverse a ocupar para nada del mísero náufrago.

Entonces el «Enanillo» no tenía más que dieciseis años; sin embargo en aquel cuerpecillo jorobado latía el corazón de un verdadero marinero.

En vez de ponerse a llorar por su triste suerte, comenzó en seguida a idear el medio de vencer todos los obstáculos. Cualquier otro mozo al verse solo en aquel buque náufrago perdido en el océano inmenso y con la perspectiva de morir en un asador, se hubiera desesperado: el «Enanillo», no.

Tenía una ciega fe en su destino.

— Aún no he muerto— dijo para sus adentros— Ya que esos desalmados me han abandonado, intentaré salvarme como mejor pueda.

La borrasca ya había cesado en aquellos momentos y en torno a la nave se veían numerosos efectos rotos que flotaban, como cajas, barriles.

tablas, trozos de casco del barco. Cogió un hacha y cuerdas y después de un fatigoso trabajo de algunas horas se construyó una pequeña balsa, capaz de soportar sobre las aguas su diminuto cuerpecillo.

Pero cuando quiso aprovisionarla de vituallas se apercibió con indecible terror de que el agua había invadido la bodega por completo, estropeando las provisiones.

Después de prolongada busca logró hallar tres galletas olvidadas por uno de los marineros en su camarote y un pedazo de tasajo no mucho más grande que su puño.

Con tan escasos víveres se embarcó el «Enanillo» en su balsa y confiósse en ella al viento y a las olas del mar. ¿Adónde iba? No estaba en situación de saberlo, y además, no llevaba brújula. Se dejó, pues, arrastrar por el acaso.

El gran Océano había quedado convertido en un terso cristal y ni la más ligera brisa mitigaba el calor sofocante que allí reinaba, pues el naufragio había sobrevenido en pleno Ecuador.

No se descubría por allí ninguna tierra firme, excepto aquellos escollos contra los cuales había chocado la nave, pero el

(Continuad.)





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



NO SE QUÉ DIABLOS LE PASA AL CACHARRITO
QUE NO QUIERE DAR UN PASO

YO CREO QUE TIENE ALGO
DE INDIGESTIÓN. DEBIERAMOS
DARLE GASOLINA CON
SIFÓN A VER SI SE LE
PASA



DEJAME DE RECETAS Y VAMOS A COM-
PRAR UN BURRO. ES LO QUE NOS SOLU-
CIONARÁ LA SITUACIÓN

UN SERVIDOR
CONOCÍA A
UN BORRICO
LA MAR DE
SIMPÁTICO



¿VES? ES COMODÍSIMO. PARECE UN
COLCHÓN DE MUELLES

A UN SERVIDOR SE LE VA CLA-
VANDO UN HUESO DEL COLCHON-
CITO Y ME ESTÁ
DANDO LA
TARDE



SEÑOR DON TURU. MI DISTINGUIDO AMIGO:
TENGO EL SENTIMIENTO DE PARTICIPARLE
QUE UN SERVIDORITO SE
APEA DEL BURRO. HAY
QUE VER LA AMPO-
LLA QUE SE ME ESTÁ
LEVANTANDO



ME PARECE QUE HEMOS DADO EN EL CLA-
VO. AHORA SI QUE VA A CORRER EL
COCHECITO

¡ARRE!



¡EH! ¿QUÉ FALTA DE RESPETO ES
ESA!

ESO DE DAR COCES CON LAS PA-
TAS DE ATRÁS ES UNA FALTA
DE EDUCACIÓN



ESTO SE PONE FEÍSIMO DON TURU
EN CUANTO YO SAQUE MI CA-
RACTER SE ACABÓ
TODO



ANDA RICO. AHORA, SI QUIERES, LE
DAS COCES A TU TÍA

Y AL RESTO DE TU
DISTINGUIDÍSIMA
FAMILIA



Castillo

LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



CUENTOS DE CALLEJA

BODAS AL CIELO

Castillo



UNA zorra y un cuervo se encontraron frente a frente junto a una gallina muerta, disputando sobre quién tenía más derecho a engullírsela.

—Usted ya sabe, señor cuervo, que las gallinas son mi especialidad, sea cualquiera su color y el adobo en que se encuentren.

—Será eso verdad—repuso el cuervo—tratándose de gallinas vivas; pero ésta está muerta, y ya sabe usted que las carnes muertas son la especialidad de la casa.

No queriendo la zorra un picotazo, ni el cuervo un mordisco, resolvieron someter la cuestión a un lobo, cesante de consumos, muy entendido en asuntos de derecho. El lobo recibió a los litigantes con cara de risa, y calándose unas gafas y sacando un libro en pergamino, hizo que le pusieran delante la gallina, y resolvió la cuestión en esta forma:

—Hace bien la zorra en reclamar esta presa, porque es gallina, y desde luego le pertenece; mas como está muerta y aun tiene su olorcillo de pasada, no le corresponde, y puede marcharse cuando guste.

La zorra se fué meneando el rabo y murmurando entre dientes que aquel juez era un pollino de los de marca mayor. El cuervo se estaba relamiendo, y ya iba a apoderarse de la gallina, cuando siguió el lobo:

—En cuanto al cuervo, declaro que, por no estar la carne completamente podrida, no es de su negociado; de modo que ahueque el ala, según por mi sentencia fallo en definitiva, declarando de mi propiedad el objeto del pleito.

Mientras el cuervo se marchaba, temeroso de unos colmillos que el lobo le enseñaba como por descuido, éste, sin hacer melindres ni repulgos de empanada, se zampó la gallina con plumas y todo.

La zorra y el cuervo estuvieron algún tiempo incómodos, y ambos prometieron cobrarse la gallina en el otro, sin tener en cuenta que el juez había sido el verdadero culpable. Pasó tiempo, y una tarde vió la

zorra que el cuervo se alisaba las plumas con más cuidado que de costumbre, y le dijo:

—Parece, amigo cuervo, a juzgar por lo que se compone, que va usted a alguna boda.

—Usted lo ha adivinado; se casa una cigüeña amiga mía con un cigüeño joven de lenguas que tiene una elevada posición: como que vive en un campanario, y su familia es no ya de campanillas, sino de campanas, y gordas. Yo soy el padrino, y quiero presentarme decente: por eso me cepillo y me lavo las plumas con saliva.

La zorra oía esto admirada, y conociendo el cuervo su deseo de saber más pormenores, añadió:

—La comida va a ser magnífica: de primer plato tendremos saltamontes en su propia salsa; luego, tortilla de lombrices de tierra, chuletas de víbora empanadas, y, por último, se regalará una gallina a cada convidado.

Al oír lo de la gallina se le hizo a la raposa la boca agua, y castañeteó los dientes.

—¿No ha recibido usted invitación para esas bodas que van a celebrarse cerca del cielo? Sin duda la tarjeta se ha extraviado en el correo; pero, al fin y al cabo, soy el padrino, y desde luego la convido.

La raposa no sabía qué resolución tomar; pero al fin el hambre que tenía la sacó de sus casillas, y dijo:

—Me voy con usted.

Bajó el cuervo, y poniéndose la zorra a caballo sobre el ave, ésta remontó el vuelo con su pesada carga; mas apenas hubieron subido unos cien metros cuando el cuervo comenzó a quejarse de fatiga y a mover el cuerpo para dejar caer a la zorra. Conoció ésta, aunque tarde, el engaño, y apretándose al cuello del cuervo, le dijo:

—Como afloje usted un poco, yo apretaré con mis dientes, y si vamos al suelo, llegará usted sin cabeza.

Aquí de los apuros del ave, que no pudiendo estrellar a la raposa, tenía que llevarla a alguna parte; pero haciendo de tripas corazón llegó por fin a un campanario, y parándose al lado de la veleta, dijo:





—Ya hemos llegado; por cierto, los primeros.

No convenció mucho a la zorra el dicho del cuervo, y agarrándose a la veleta, porque se mareaba, le dijo:

—Mire usted, amigo mío, ahora recuerdo que el médico me ha ordenado la dieta; de modo que renuncio a la gallina, y cómasela en mi nombre. En cambio, haga usted el favor de bajarme, porque tengo un asunto urgente que me reclama.

El cuervo soltó la carcajada, y comenzó a dar vueltas alrededor del campamento, gritando:

—¡Cuac, cuac, cuac;
cogida la zorra está!

La pobre raposa comprendió que estaba perdida, y apuró todas las súplicas; pero en vano: el cuervo se reía de sus apuros, y le gritaba:

—Si tienes prisa salta al suelo, y verás qué pronto llegas. Ya me has pagado lo de la gallina.

Y dicho esto, se marchó.

Cuando quedó sola la zorra decidió reconocer el terreno por si había esperanza de salvación; pero no encontró medio de poder descender de aquella altura. Se asomó cautelosamente al borde de las tejas; pero el salto era tan atroz, que al caer al tejado más alto se hubiera hecho pedazos las patas. Entonces dijo por lo bajo:

—Dios mío, si de ésta escapo y no muero, nunca más bodas al cielo. La verdad es que he sido muy tonta en dejarme engañar por ese mentecato.

Así pasó una hora de angustia, hasta que vió venir una pareja de cigüeñas. Inútil es decir que comenzó a llamarlas con acento mimoso:

—Amables cigüeñitas, aves generosas, venid a socorrer a una pobre raposilla a quien su desdicha ha colocado en posición más alta que sus merecimientos,

Compadecidas las cigüeñas, se posaron en la torre, y enteradas del caso, el cigüeño, ave de pocas palabras, pero de muchos hechos, le dijo:

—Móntese usted sobre mis alas, y no tenga miedo.

El cigüeño quiso llevar a la zorra cerca de su vivienda; pero ésta le decía muy asustada:

—No se moleste; bájeme en seguidita, que como yo me vea en el suelo, vengan kilómetros.

Así fué, y la zorra, agradecida, frotó su

jopo contra la cola de la cigüeña, en señal de profundo reconocimiento, y se despidieron afectuosamente.

Cuando la raposa llegó a su domicilio, y apenas se le hubo pasado el susto, pensó en lo conveniente que sería escarmentar al cuervo, y al efecto discurrió la treta siguiente: aquella noche comenzó a dar grandes gritos y a llamar a los vecinos, a los cuales

dijo que estaba muy enferma. Un pollino curandero, llamado con gran urgencia, meneó la cabeza y dijo que, en efecto, la pobre zorra estaría de un momento a otro las cuatro patas. Según la última voluntad de la zorra la colocaron al pie del nido del cuervo, y allí quedó abandonada toda la noche. A la mañana siguiente, apenas el cuervo divisó el cadáver de la zorra, comenzó a gritar:

¡Cuac, cuac, cuac;
la zorra muerta está!

Dió dos vuelos y, por último, se colocó sobre la cabeza de la raposa con ánimo de picarle los ojos; pero en este momento se levantó la zorra con gran prisa, y cogiendo al cuervo por el pescuezo, comenzó a sacudirle con tal furia, que las plumas saltaban a gran distancia.

—Infame—decía—, ¿conque, no contento con la mala pasada de ayer, aún querías darte un banquete con mi persona? ¿Qué tal te sentó la tortilla de lombrices? Toma lombrices—. Y le daba un soberbio zamarrazo—. ¿Qué tal las chuletas de víbora empapadas?—. Nuevo tantarantán—. ¿Y aquellas gallinitas, qué tal?

Tanto le sacudió, que no le quedaron más plumas que las de la cola; y hecho esto le dejó escapar, diciéndole:

—Ya tienes para acordarte un rato mientras el sastre te hace otro vestido.

El cuervo se marchó, corrido de vergüenza, caca-reando y sin plumas; la zorra se volvió muy satisfecha, siendo muy felicitada por sus amigos, parientes y testamentarios, menos por el pollino curandero, que decía:

—¡La primera vez que me he equivocado! Pero no puedo cobrar la cuenta.

No seáis vengativos como el cuervo, que anda por el mundo cada zorro que puede hacerse el muerto para desplumaros...—FIN.



¿QUÉ QUIERE SABER HOY?

—Oye, mi querido buho ¿tú has visto algún eclipse de sol?

—Naturalmente, amigo Chonón ¿es que tu no has visto ninguno?

—Un eclipse total, no. Y me gustaría mucho participar del espectáculo; eso de que en pleno día empiece a oscurecerse el cielo y a verse las estrellas debe de ser una cosa sorprendente.

—Y algo más que sorprendente para los pueblos que viven en estado salvaje.

—¿Qué les sucede a estos pueblos?

—Que se apodera de ellos el terror y creen ver en el eclipse de sol una terrible amenaza de sus dioses. Has de tener en cuenta, querido Chononcito, que muchos pueblos incivilizados consideran al Sol y a la Luna como emblemas de divinidad. Una desaparición del sol en pleno día la consideran como un augurio de muerte, no solamente para la Tierra entera sino también para todos los mundos que forman parte del sistema solar.

—Claro que nada hay que justifique estos temores, ¿verdad buho?

—Hombre, eso ni se pregunta. Un eclipse es simplemente un fenómeno natural que se cumple sin que ello acarree mal alguno a la humanidad. Al revés, en un eclipse tienen los seres humanos una ocasión más para admirar las grandezas de la Creación. Y bajo el punto de vista científico, los astrónomos desean los eclipses, porque ellos les permiten perfeccionar los conocimientos sobre el astro Sol.

—No parece, a primera vista que el hecho de que la Luna tape al Sol permita estudiar este último astro. Al revés si la Luna lo oculta...

—Tú desconoces, sin duda, los enormes progresos que han conseguido las ciencias astronómicas gracias a un instrumento llamado espectroscopio que permite conocer la composición química de un cuerpo luminoso por el análisis de un rayo de luz procedente de ese cuerpo. El análisis espectral data de hace poco más de un siglo y el estudio del Sol, por este procedimiento, sólo cuenta con unos sesenta años de práctica.

—Y antes de ese tiempo ¿no se conocía nada de la composición del Sol?

—Puede decirse que no. En realidad el eclipse de 1842 fué el punto de partida de los estudios más concluyentes acerca de la composición química del Sol. A partir de 1860 se aplicó el espectroscopio a la observación de los eclipses totales de sol y se comprobó que las grandes llamas que se ven alrededor del disco eclipsado, llamadas

protuberancias solares, están formadas de hidrógeno en su mayor parte. También por el análisis espectral ha llegado a conocerse la composición física y química del astro rey.

—¿Sabes tú esta composición cuál es?

—Desde luego. El Sol está formado de un núcleo oscuro rodeado de una capa brillante llamada fotosfera (que quiere decir esfera luminosa). Esta fotosfera no arde como un fuego ordinario, porque ya comprenderás que si así fuese, se hubiese ya consumido en los largos siglos que lleva de combustión. Esta fotosfera está formada de vapores incandescentes que provienen de la evaporación de ciertos cuerpos iguales a los que existen en la Tierra; estos son el hierro, el calcio, el magnesio, etc. Las partículas incandescentes de estos vapores están en constante movimiento, como un gigantesco océano en estado de ebullición. Encima de la fotosfera hay otra capa relativamente delgada, llamada cromosfera (o esfera coloreada) que está compuesta de hidrógeno incandescente, y de esta capa es de donde arrancan las grandes llamas color de rosa que ya te he dicho anteriormente que se llaman protuberancias solares. Por último, existe, rodeando la cromosfera, otra nueva e inmensa zona que se la conoce con el nombre de corona y que forma la atmósfera exterior del Sol.

—¿Y no me dices nada de esas manchas del Sol, de que tanto he oído hablar?

—Precisamente, el estudio de las protuberancias y de la corona, ha permitido descubrir una porción de curiosos detalles relacionados con esas manchas que me citas. Se sabe que esas manchas visibles en la superficie solar, sufren una notable variación cada once años. Según el estudio espectroscópico, ha podido observarse que las protuberancias sufren también variaciones en el mismo período de tiempo. De todo esto se ha sacado la consecuencia de que el Sol es una estrella variable cuyos diversos elementos presentan fluctuaciones periódicas y que este período es de once años. La causa de esta periodicidad no ha podido ser descubierta aun.

—¿Y tú crees que llegará a descubrirse?

—No tengo ninguna razón para no creerlo. Las ciencias marchan constantemente por el camino de la perfección y casi no pasa día sin que no haya que sumar algún adelanto en los estudios que constantemente se realizan. Además los aparatos astronómicos van también mejorándose y no es de dudar que un día llegará en que se descubran muchos de los secretos que hasta la fecha no han podido revelarse. Hay que esperar, Chononcito.

—Esperaremos, amigo buho.

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE DICIEMBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Retrato
Sisenan o C. Baté



Paisaje
Mary Riva Jerez



Marina
Andresito Ruiz de la Rosa



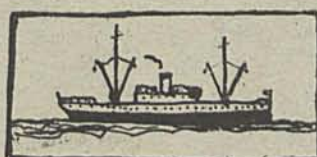
Manuel Cañón
Jesús Prieto



Fachada
Pilar M. Campos



M.^a Cristina de Nápoles
Inés Jaraquemada



Vapor Pinocho
Alberto Luis Arbonés

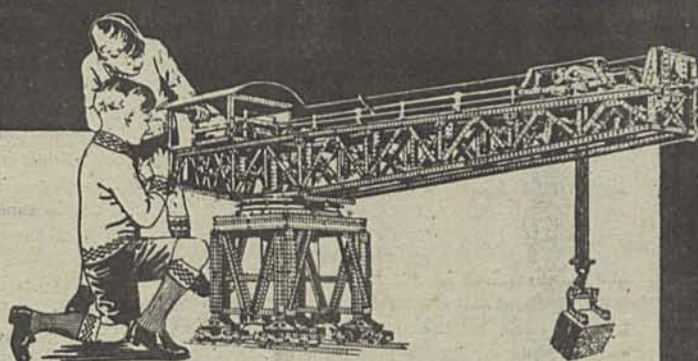


Nadador
Loreto Azpeitia



Quevedo
Inés Jaraquemada

**Puedes construir 686
Modelos que funcionarán
con un Equipo
Meccano No. 3**



¡Amiguito! Reflexiona bien—diariamente durante casi dos años tendrás un distinto modelo que puede funcionar. Esto es lo que significa la posesión de un Equipo Meccano No. 3. Hoy construyes una Grúa que elevará fuertes cargas, mañana de seguro tendrás montado un Camión a vapor que te proporcionará muchas horas de esparcimiento, transportando pequeñas mercancías de un sitio a otro, y pasado mañana un Elevador de boca de mina que subirá o bajará a su deseo. Y hasta esta gran cantidad de modelos—686—no debe de tenerse en cuenta por el sin número de espléndidos modelos que tu propia inventiva pueda crear.

Meccano es la verdadera ingeniería en miniatura, pues todas las piezas del sistema son miniatura de las que utilizan los verdaderos ingenieros.

Gratuitamente a los jóvenes

Escriba hoy mismo a nuestro representante, quien tendrá sumo gusto en mandarle gratuitamente el nuevo librito Meccano, con tal que le envíe las señas de tres de sus camaradas.

El librito contiene una profusión de ilustraciones de las espléndidas construcciones de ingeniería, que pueden montarse con Meccano.

Insista que el equipo lleve la marca MECCANO

MECCANO

Agente para España y Portugal:

JOSE PALOUZIE SERRA (Sección 15), Industria 226, BARCELONA

FABRICADO POR MECCANO LIMITED LIVERPOOL, INGLATERRA

EQUIPOS DESDE
PTAS. 12.- HASTA
PTAS. 1590.- EN
LOS
PRINCIPALES
BAZARES Y
LIBRERÍAS



Ayuntamiento de Madrid



COLORÍN Y SU PANDILLA

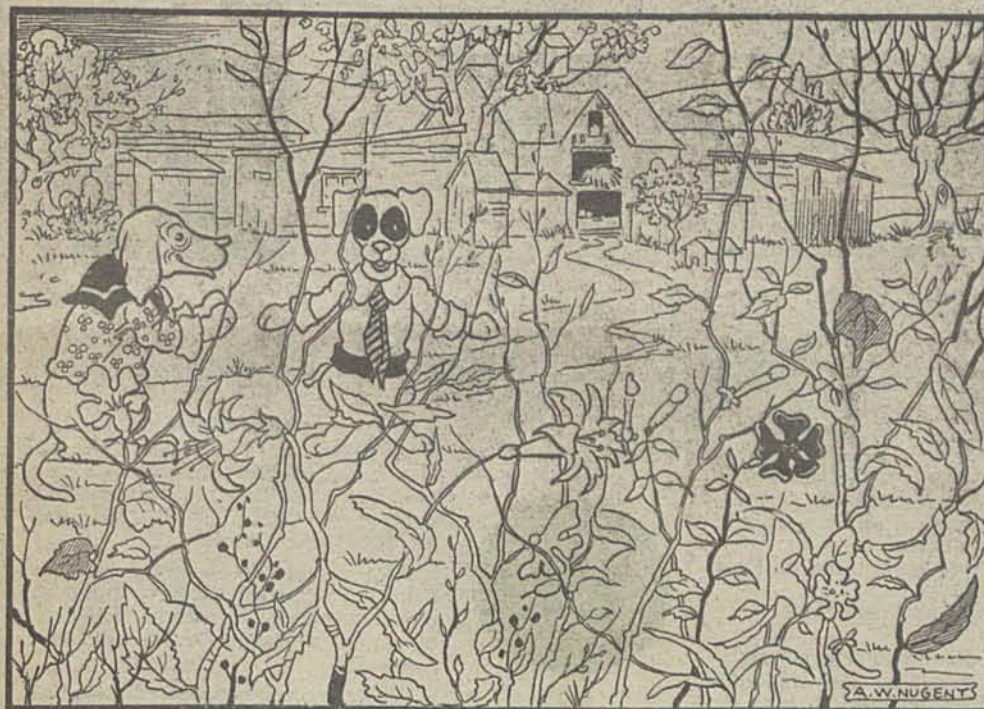


CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

DEL MES DE DICIEMBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LA GRANJA ENDEMONIADA



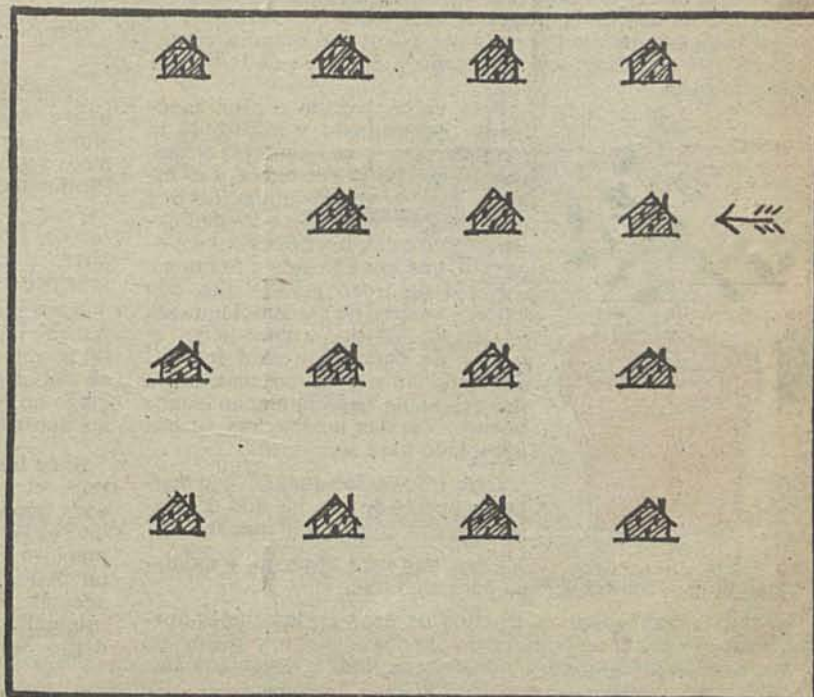
Yo no sé que diablos entraban todas las noches en la granja del señor Cau-Cau, pero es lo tristemente cierto que no pasaba día, o mejor dicho noche, sin que de los corrales de la granja desapareciese algún animalito. En la noche última han desaparecido dos conejos y un gallo hermosísimos y ni el señor Cau-Cau ni su criado Roehuesos los encuentran por parte alguna.

¿Sabréis hallarlos vosotros?

BARRIADA OBRERA

Una señora generosísima dejó su fortuna para construir una linda barriada obrera de quince casitas. Pero la buena señora quiso dar un poquito de quehacer a los arquitectos e ingenieros y dijo: desde la casa número 7 (que en el dibujo aparece señalada con una flecha, partirá un camino que pasará por todas las casas de la barriada y habrá de venir a terminar a la misma casita número 7. Después de cavilar mucho los ingenieros trazaron el recorrido del camino. Este constaba de seis líneas rectas que enlazaban todas las casitas sin pasar dos veces por ninguna de ellas, salvo la número 7 que, como gozaba de privilegios, tenía tres caminos ante su puerta.

¿Qué idearon los ingenieros?



Sección Pirula

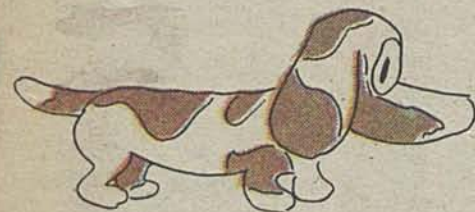
Charlas de Pirula... decoradora

El espejo roto y el centro de mesa

—Mamá—pregunta mi Pirulinda Genoveva (¿necesito precisar que se dirige a su madre?)—Tú no eres supersticiosa ¿verdad?

—Ya sabes que no.

—Es que parece ser que hay personas que se creen que cuando se vierte sal o tinta les va a suceder algo malo; y le tienen miedo a que se coloquen los cubiertos cruzados, se abra un paraguas bajo techo o se haga girar una silla; y no se atreven a sentarse a la mesa si los comensales son trece; y, más que nada, se asustan cuando se rompe un espejo



porque creen que es presagio de mala suerte...

—Sólo los tontos pueden suponer que la voluntad de Dios se manifiesta en tales bobadas.

—Entonces tú, si se rompe un espejo ¿no te asustas?

—¡Qué me he de asustar tontuela!

—Pues no sabes cuánto me alegro de que no seas supersticiosa, mamá, porque así te vas a quedar tan tranquila cuando te anuncie que acabo de romper, jugando, la luna de tu armario.

Bueno, el disgusto que se llevó mamá al oír esta noticia—aunque yo sea supersticiosa, naturalmente—no quiero ni recordarlo; Genoveva tampoco quiere acordarse de los días que estuvo castigada sin postre y sin cine, no precisamente por haber roto el espejo, sino por haber jugado, a pesar de todas las prohibiciones, en el cuarto de mamá.

Además, conste que la rotura del espejo fué anuncio, efectivamente de una desgracia para papá y mamá: la de tener que comprar otro.

Pero, en fin, pasado el primer momento de disgusto y sustituida la luna rota por otra flamante, mamá, que en eso de la economía y el ingenio es toda una Pirulinda (las hay de todas las edades), se ha dedicado a aprovechar los trozos del espejo roto, que era biselado y hermoso.

Había un trozo grande que, con estrecho marco de madera, laqueada en negro, ha sido colocado en el cuarto de baño—que está todo él decorado en negro—en sustitución del que había que era mucho menos bueno y que las muchachas se han apropiado para su cuarto.

Otro trozo más pequeño, con marco y soporte de piel, ha sido colocado sobre la coqueta de mamá.

Otro, aún más pequeño, y montado en níquel, servirá a papá para afeitarse.

También había algunos trocitos de esos en los cuales apenas cabe la punta de la nariz, un ojo o medio rizo, y que mamá ha mandado arreglar para bolsillos; de ellos ha regalado uno,

con forro de ante... ¿a quién diréis? A la propia Genoveva.

Pero aún queda un trozo; es bastante grande y, sin embargo, mamá, a pesar de su ingenio y de sus deseos de aprovecharlo todo, lo considera inutilizable; la verdad es que está muy feo, amarillento, con manchas, y en varios puntos está arañado o quitado el azogue.

Pues bien, este trozo precisamente es el que elijo yo, no para mirarme, sino para que fabriquemos con él un estupendo centro de mesa.

Verdad es que la fabricación no será maestra, pero sí la idea, que es lo principal. En cualquier tienda de espejos (en la misma donde han arreglado todos los demás trozos de la luna rota por Genoveva) se encargarán de redondearlo perfectamente.

Y no queda más que colocarlo en el centro de la mesa, cubriéndolo con un pañito que puede ser de encaje antiguo, o de fina batista adornada con calados y puntillas, todo en tono ocre; lo principal es que el pañito disimule los defectos del espejo, sin ocultarlo.

Para completar el efecto conviene colocar encima un cacharro con flores cuyas corolas inclinadas se reflejen en el espejo a través de los encajes o calados.

Pero este cacharro... merece capítulo aparte.

Del saquito de Pirula

Nueva manera de disponer las flores en los floreros

El cacharro que colocaremos sobre nuestro magnífico centro de mesa puede ser un florero vulgar, o valioso; y puede ser alto y esbelto, o rechoncho, y panzudo; hasta puede ser un plato soper, antiguo o moderno, y decorado por una de mis Pirulindas.

Pero la forma, el color, la materia y el precio, son lo de menos; ahora lo que nos ocupa es la manera de colocar las flores para que se mantengan de una manera suelta y graciosa.

Nada más fácil; se corta un cartón que tenga la forma y el tamaño del cuello del florero—o del hueco del plato—solo que un poquito mayor. Se practican en él unos cuantos agujeros y se coloca en el florero, de manera que quede bien apretado; luego no queda más que introducir uno por uno los tallos de las flores en los agujeros del cartón.

Si se trata de un florero, el ramo es, de este modo, facilísimo de realizar y resulta precioso. Si se trata de un plato, el efecto es, además de una gran originalidad, y muy moderno.

